

¿Cómo Trump logró de nuevo la victoria?: una mirada desde la historia reciente¹

Patrick Iber²

Cuando nosotros, como historiadores, miramos al pasado notamos momentos en los que el ritmo de los cambios se acelera: momentos de ruptura, si se quiere, incluso si nosotros (nuevamente, como historiadores) pasaremos las próximas décadas argumentando que quizás la ruptura no fue tan grande como parecía al principio. Sin embargo, hay momentos en que acontecimientos dramáticos al menos nos dan la señal de que grandes cambios están en marcha, incluso si los eventos en sí mismos no son ese cambio, sino más bien evidencia de él. Y ciertamente parece que estamos viviendo un momento significativo de ruptura. Donald Trump es el presidente más autoritario que Estados Unidos ha tenido en la era moderna —la era en la que podemos comparar de manera razonable las ideologías de gobierno—. Es más autoritario que Richard Nixon en el siglo XX o su modelo Andrew Jackson en el siglo XIX. Es más autoritario que Franklin Roosevelt, quien expandió dramáticamente el poder de la presidencia y fue elegido cuatro veces, lo que rompió la costumbre de George Washington de dos mandatos. (A fin de cuentas, Franklin Roosevelt, respondiendo a las condiciones de la Gran Depresión económica y la expansión fascista en Europa, preservó la democracia estadounidense y luchó por preservarla en Europa). Trump es incluso más autoritario que el mismo Trump de su primera presidencia. Y las consecuencias de esto prometen ser significativas, aunque todavía no tengamos el beneficio de la retrospectiva, o sepamos cuán profundos serán los cambios. Pero incluso reconociendo que cualquier análisis histórico del presente será imperfecto —y cualquier predicción seguramente será invalidada— permítanme intentar un análisis de la reelección de Trump en su contexto histórico, a través de círculos de análisis progresivamente más amplios. Comenzaré con la elección misma, y luego trataré de clasificar los componentes del evento y situarlos en un conjunto cada vez más amplio de contextos.

Primero, comencemos con los resultados básicos. Trump ganó con el 49,8 % de los votos, contra el 48,3 % de Harris. En casi todos los condados de Estados Unidos, Harris tuvo un rendimiento inferior a la proporción de votos de Biden en 2020; fue un retroceso generalizado, no regional. En algunos lugares, a Trump le fue mucho mejor, incluyendo áreas como el Valle del Río Grande, los condados fronterizos entre el sur de Texas y México, que están entre los distritos más latinos del país.

¹ Este texto fue la base de una charla presentada en la Universidad de la República, en marzo de 2025.

² Universidad de Wisconsin.

Fue una victoria real: en 2016, cuando Trump fue elegido por primera vez, perdió el voto popular frente a Hillary Clinton, y solo asumió la presidencia debido a las vicisitudes del sistema del Colegio Electoral. En cada elección subsiguiente en la que participó, incluidas las elecciones intermedias, los demócratas se desempeñaron mejor de lo esperado. En esos años, describí a Trump como un populista de minorías: alguien que practicaba la técnica populista de declararse la encarnación del pueblo contra una élite parasitaria, pero sin comandar nunca el apoyo de «el pueblo» (Iber, 2018). Solo llegó al poder debido a características contramayoritarias del sistema electoral estadounidense. Retóricamente, la solución de Trump a este problema es mentir sobre su grado de apoyo: recuerden en 2017 cuando afirmó haber tenido la multitud de inauguración más grande de la historia, cuando eso era evidentemente falso. Miente a la manera de los líderes autoritarios, identifica a las personas que son leales por su disposición a repetir sus momentos de locura. Pero, fundamentalmente, resuelve el problema a la manera del populismo autoritario, definiendo al verdadero pueblo como aquellos que lo apoyan.

Pero, esta vez, Trump realmente tuvo la mayor parte del apoyo. Sin embargo, esto no cambia el hecho de que Trump se queda con un gran conjunto de enemigos. Aunque ganó una victoria legítima en 2024, sigue siendo odiado por aproximadamente la mitad del país. Nunca será un Nayib Bukele, con un 80 % o 90 % de aprobación. Incluso en el caso de que hubiera un ataque militar a los Estados Unidos, creo que muchas personas culparían a Trump en lugar de «unirse en torno a la bandera», como se hizo con George W. Bush en 2001.

Aun así, ganó todos los estados claves, aunque no fue una victoria numéricamente aplastante. Biden en 2020, por ejemplo, ganó por un margen mucho más amplio (51,3 % frente al 46,8 % de Trump). Ahora Trump controla los tres poderes del gobierno. Tiene mayorías republicanas en ambas cámaras del Congreso y nombró él mismo a tres de los nueve miembros de la Corte Suprema, que ahora tiene una mayoría conservadora de 6-3. Además, una de las decisiones de la Corte Suprema tomada mientras estaba fuera del cargo dice que el presidente no puede ser considerado penalmente responsable por acciones cometidas en su capacidad oficial como presidente. Ha utilizado el poder de indulto presidencial para liberar a los amotinados del 6 de enero 2021 que intentaron llevar a cabo su golpe, llamándolos héroes, incluso teniendo actuaciones corales del himno nacional cantado por ellos (Anderson, 2024). Un pequeño número de los amotinados rechazó los indultos, y dijo que habían sido efectivamente adoctrinados y que habían sido justamente responsabilizados por sus acciones (Bartlam et al.). Algunos de los liberados ya han cometido nuevos delitos (Honl-Stuenkel, 2025).

Con ese panorama establecido, permítanme comenzar a situar los resultados en contextos históricos cada vez más amplios.

El contexto más inmediato para entender los resultados electorales fue que la elección se celebró en un entorno poscovid. Como ocurrió en todo el mundo, las medidas anti-covid fueron muy impopulares. En general, a los gobernantes que estaban en el cargo durante la emergencia del covid les ha ido muy mal: los conservadores en el Reino Unido, por ejemplo, prácticamente se han derrumbado; en comparación, a Harris le fue relativamente bien al perder solo unos pocos puntos de apoyo en comparación con la última elección. Biden habría perdido mucho más (Ventura, 2024).

Quizás una razón para esto es que existe cierto grado de incertidumbre sobre a quién culpar por la respuesta de EE. UU. al covid. Trump estaba en el cargo cuando golpeó. Inicialmente trató de ocultarlo, y luego contribuyó a todo tipo de desinformación médica, que se extendió de modo salvaje entre sus partidarios. Algunos murieron como resultado de asistir a sus mítines. Trató el uso de mascarillas como un signo de debilidad y ocultó que estaba enfermo de covid durante un debate con Biden. Con frecuencia chocó con sus funcionarios científicos, en especial con Anthony Fauci. Quizás

su mejor acción como presidente fue la Operación Warp Speed, que dio apoyo gubernamental al rápido desarrollo de vacunas. Sin embargo, para cuando las vacunas estuvieron listas, Trump difícilmente podía reclamar el crédito, ya que su base había adoptado el escepticismo sobre las vacunas. La desconfianza hacia el establecimiento médico, conectada con restricciones de «libertad» y trabajo, y la ira hacia los maestros y los sindicatos de maestros (entre los grupos más demócratas) por los cierres escolares, forman parte del giro *anti-establishment* en la política republicana bajo Trump.

Cuando Biden asumió el cargo, el país estaba comenzando un proceso escalonado de reapertura. Cada vez más vacunas estaban disponibles. Pero el desempleo se había vuelto estratosférico. Biden había sido vicepresidente en 2009, cuando Barack Obama fue elegido en medio de otra crisis económica que ocurrió bajo un presidente republicano: la Gran Crisis Financiera bajo George W. Bush. En ese caso, la cantidad de estímulo gubernamental proporcionado se considera que fue demasiado baja (por razones políticas), contribuyendo a la erosión inmediata de la posición política de Obama mientras EE. UU. experimentaba una recuperación larga y lenta. Tras aprender esa lección, la administración de Biden respondió de manera más agresiva en 2021, y recuperó la economía rápidamente con una mayor respuesta gubernamental. Bajo Biden, hubo bajo desempleo, pero debido a una combinación de ese estímulo, los choques de oferta de la era covid y la guerra en Ucrania, hubo un nivel de inflación que no se había visto en Estados Unidos desde la década de los setenta. Además, ciertas disposiciones del apoyo pandémico expiraron (incluidos programas como el apoyo familiar que la administración Biden había esperado hacer permanente), lo que significa que, aunque muchos indicadores macroeconómicos eran fuertes, las personas experimentaron altos precios para vivienda y alquileres (la demanda de más espacio interior aumentó durante covid, sin un aumento en la oferta), y en el supermercado y los restaurantes. El hecho de que el bajo desempleo estuviera aumentando los salarios para los trabajadores peor pagados en EE. UU. (a tasas más altas que la inflación), sin embargo, elevó los precios para las familias de clase media. El tratamiento mediático de la economía de Biden fue bastante negativo; los republicanos, en particular, estaban convencidos de que era un desastre —la gente parecía particularmente convencida de que la economía estaba mal en otros lugares, mientras que la situación donde vivían era mejor—.

Con eso, pasemos al segundo contexto histórico: el contexto mediático y tecnológico. Estados Unidos ha estado experimentando un proceso simultáneo de fragmentación y nacionalización de los medios, provocado por las presiones de internet. Las personas mayores en Estados Unidos recuerdan una era de «medios de consenso» —en la que las noticias apuntaban a la «objetividad»—. Esto fue, de hecho, un período anómalo en la historia estadounidense. La generación de los fundadores estaba llena de fuentes de noticias partidistas y acusaciones de comportamiento escandaloso. Lo que creó la era del «consenso» fue el dominio de tres cadenas de televisión cuyo modelo de beneficio era llegar a una audiencia lo más amplia posible, sin ofender. Los periódicos locales, por ejemplo, tenían el mismo desafío: en comunidades políticamente mixtas, la mejor estrategia es apuntar al centro. Los tipos de ideas paranoides, anti-intelectuales y *anti-establishment* que ahora tienen quienes ocupan la presidencia siempre han existido, pero tenías que suscribirte a un boletín especial para obtenerlas.³

Pero este modelo se ha estado derrumbando. Vale la pena recordar que, en 2020, dos tercios de los votantes elegibles participaron en la elección. En 2024, esto disminuyó ligeramente al 63,9 %. A menudo se dice que el país se ha dividido de manera equitativa entre republicanos y demócratas, pero en otro sentido se divide en tercios entre republicanos, demócratas y un tercer grupo que no puede votar, o no está interesado en votar, indiferente u hostil hacia ambos partidos. A Trump le fue particularmente bien con los votantes de baja información y aquellos que no siguen la política, en

3 Entre otras, véanse las investigaciones de Nicole Hemmer (2016, 2022).

parte porque él también es un personaje de televisión incluso para aquellos que no siguen la política (Elliot Morris, 2025). Pero el punto aquí es que siempre ha habido personas (y las sigue habiendo) que se sienten fuera de ese «consenso».

En 1987, EE. UU. eliminó una ley que requería equilibrio político en las noticias, llamada la Doctrina de Equidad. La derecha ha tenido éxito en el desarrollo de medios partidistas. A lo largo de la década del noventa, las áreas rurales desatendidas por los medios basados en las ciudades aprovecharon el amplio potencial de difusión de la radio con programas de conversación conservadores y abrasivos. Producir contenido de opinión es mucho más barato que informar. El modo dominante en este sistema mediático es el «populismo de derecha». Consideren esta declaración del libertario Murray Rothbard (1992):

La realidad del sistema actual es que constituye una alianza impía de las élites de los «liberales corporativos» de las grandes empresas y los medios de comunicación, que, a través del gran gobierno, han privilegiado y han hecho surgir una Subclase parasitaria, que, entre todos ellos, están saqueando y oprimiendo al grueso de las clases medias y trabajadoras en América. Por lo tanto, la estrategia adecuada... del «populismo de derecha» es: exponer y denunciar esta alianza impía, y pedir que esta alianza de «niños bien» —subclase— medios liberales se quite de encima del resto de nosotros.⁴

Es una buena descripción de la perspectiva y el enfoque de Trump, e internet solo ha hecho este tipo de medio más participativo. La conspiración QAnon, por ejemplo, hizo que seguir la política fuera como participar en un club de fans de un programa de televisión de misterio, con Trump como el héroe y los demócratas como enemigos malvados.

Un contexto adicional en el que se desarrolló la elección es la era de la guerra contra el terrorismo. Después del 11 de septiembre, la popularidad de George W. Bush se disparó al 90 %, un logro notable, dado que él también había perdido el voto popular en el camino hacia una victoria en el colegio electoral que fue ratificada por los jueces conservadores de la Corte Suprema, 5-4. La invasión de Afganistán, que había proporcionado refugio a Osama bin Laden, pronto siguió. Pero Afganistán pronto bajó en la lista de prioridades a medida que la administración Bush se concentraba en convencer al público estadounidense de que necesitaba ir a la guerra contra el Irak de Saddam Hussein. Esa guerra, que comenzó en 2003, salió mal. En lugar de ser recibidos «como liberadores», como predijo la administración Bush, se enfrentaron a una insurgencia complicada y arraigada. Miles de soldados estadounidenses murieron —y muchos cientos de miles de iraquíes— a medida que la popularidad de la guerra disminuía. Para cuando Bush había dejado el cargo, su popularidad estaba en los 30, y su marca de conservadurismo profundamente dañada como resultado.

El grupo que fue considerado intelectualmente responsable de la invasión de Irak fueron los llamados *neoconservadores*, un grupo que contenía algunos exizquierdistas que tenían algo de la mentalidad trotskista de la revolución permanente. En el lado positivo, había una profunda creencia de que las sociedades musulmanas podían ser democráticas —uno de los neoconservadores más prominentes, Paul Wolfowitz, había sido el embajador de EE. UU. en Indonesia—. Pero la cuestión de cómo el poder militar estadounidense podría usarse para lograr una nueva democracia no fue interrogada en profundidad. En el terreno en Irak, jóvenes funcionarios republicanos desmantelaron la economía iraquí en favor de una «utopía» neoliberal privatizada, reflejando las ideas económicas conservadoras dominantes de esa era (Vaisse, 2010; Milne, 2015).

La administración Bush, en nombre de la guerra contra el terrorismo, amplificó la xenofobia de la base republicana y el miedo a los enemigos internos —y definió a la oposición interna como

4 Sobre la importancia de los populismos de derecha en los noventa, véase John Ganz (2024).

perteneciente a los enemigos—. También debilitó la adhesión al estado de derecho, ofreciendo argumentos especiosos para defender su uso de la tortura y prefiriendo «zonas grises» legales como la base naval en la Bahía de Guantánamo para albergar a los detenidos en lugar de los tribunales estadounidenses. Pero la impopularidad de la administración Bush para 2008 dejó un vacío en la derecha política. Tanto el neoconservadurismo como el neoliberalismo de Bush eran débiles desde el punto de vista ideológico (Ackerman, 2021).

La elección de Obama en medio de la crisis financiera significó que el movimiento social de derecha que emergía contra él fusionara elementos de racismo antinegro —nunca lejos de la superficie en la política estadounidense— con una crítica libertaria del gasto gubernamental, pero con una defensa de una especie de chovinismo del bienestar para aquellos que lo merecían: es decir, los estadounidenses nativos y no los inmigrantes. Al mismo tiempo, los neoconservadores fueron desacreditados internamente y reemplazados por el *America First* —una combinación de un aislacionismo más marcado y un menor compromiso con la gestión del sistema internacional, con un llamado más explícito a usar el poder estadounidense para su propio beneficio—. La figura política que mejor se ajustó a reflejar y remodelar al Partido Republicano en esta dirección fue Donald Trump.

Al mismo tiempo, los costos a largo plazo de la guerra contra el terrorismo continuaron. Aunque Osama bin Laden finalmente fue localizado en Pakistán y asesinado en una redada ordenada por el presidente Obama, la larga guerra contra los talibanes en Afganistán continuó. Tampoco se cerró nunca la base de Guantánamo, como muchos en la izquierda habían esperado. Fue el presidente Biden, quien había sido escéptico sobre la profundización del compromiso militar estadounidense en Afganistán como vicepresidente, quien ordenó el fin de lo que se había convertido en la guerra continua más larga en la historia de EE. UU. Pero el repentino colapso del gobierno respaldado por EE. UU. en Kabul y la caótica retirada estadounidense causaron una caída en la popularidad de Biden que en esencia nunca se recuperó y dejó a los demócratas en una forma relativamente pobre para las elecciones de 2024.

Curiosamente, muchos de los neoconservadores terminaron siendo entre el pequeño grupo de republicanos *Never Trump* (Nunca Trump). Su visión del mundo, cualesquiera que fueran sus defectos, se oponía a los tiranos, e identificaron a Trump como perteneciente a esa tradición. Una figura significativa en este panorama es Bill Kristol: el hijo de Irving Kristol, quien ejemplificó la transición de trotskista a neoconservador. Ahora su hijo ha cerrado el círculo, editando una publicación, *The Bulwark* (El Baluarte), que está en amplio acuerdo con la izquierda contemporánea en una gama de temas.

Pasando a un contexto más amplio, las elecciones de 2024 deben verse como parte de la era pos Guerra Fría. En la Guerra Fría, las tres patas del taburete del conservadurismo estadounidense eran los mercados libres, el belicismo militar y el conservadurismo cristiano, todos unidos por un anticomunismo compartido. La ideología del mercado atraía a los sectores empresariales del partido, mientras que los conservadores cristianos proporcionaban los números que hacían posible el éxito electoral nacional. En otro momento de obvia transición histórica, 1989, Francis Fukuyama reflexionó sobre lo que parecía en ese momento ser «El Fin de la Historia» —a medida que el marxismo-leninismo dejaba de ser una fuerza importante y creíble detrás de un estado, y la democracia liberal parecía haber ganado la lucha para mostrar cuál era una forma superior de organizar la sociedad—. Fukuyama (1989) escribió en un registro menos triunfal de lo que se recuerda típicamente, sin embargo. El párrafo final de su ensayo dice esto:

El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento; la voluntad de arriesgar la vida por un objetivo puramente abstracto, la lucha ideológica mundial que

requirió audacia, coraje, imaginación e idealismo será reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, preocupaciones ambientales y la satisfacción de demandas sofisticadas de los consumidores... Quizás esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento al final de la historia servirá para que la historia comience de nuevo.

Es difícil saber cuánta coherencia ideológica atribuir al propio Trump, pero ciertamente ha habido un esfuerzo intelectual para cristalizar el trumpismo, algunos intentos se han agrupado bajo la rúbrica del posliberalismo. No es que estas ideas —como el integralismo católico al que el vicepresidente J. D. Vance se ha convertido, bajo la influencia de pensadores como Patrick Deneen— no existieran antes del fin de la Guerra Fría. Pero es difícil imaginar que encontrarán tal asidero en la era de la Guerra Fría, en la que la esencia del «americanismo» (incluso si su significado cambiaba) se tomaba como un contraste natural con el totalitarismo soviético, al menos a nivel de ideología.⁵

En ausencia de un enemigo externo, el único enfoque puede estar en el «enemigo interno» y —y esto importa mucho— no hay necesidad de venerar el genio único de las instituciones estadounidenses. Por el contrario, los pensadores más influyentes de la derecha contemporánea se han convencido a sí mismos de que están comprometidos en una guerra gramsciana de posición. Christopher Rufo, el defensor más influyente de esta posición, ha tratado de convertir características básicas del liberalismo contemporáneo —anti-discriminación, educación pública, medios independientes— en instrumentos totalitarios de control liberal. (En línea, elementos de esto son capturados por el uso de la frase «*woke mind virus*» por parte de la derecha). Rufo y otros creen que necesitan dismantelar los medios y las instituciones educativas y reemplazarlos con versiones conservadoras. Ya en el segundo mandato de Trump, se pueden ver esfuerzos para retirar fondos de las universidades, prohibir programas anti-discriminación con el argumento de que discriminan contra los blancos o cristianos, y tomar el control de instituciones culturales como el Kennedy Center de Washington D. C.

De nuevo, estas ideas no son nuevas: uno de los textos fundamentales del conservadurismo estadounidense de posguerra, *God and Man at Yale* de William Buckley fue escrito en 1951 y se queja del ateísmo y, para usar una palabra anacrónica, la *wokeness* de la facultad de Yale (Buckley, 1951). Pero la falta total de compromiso con el pluralismo institucional, y la insistencia en la dominación en su lugar, refleja tanto el pánico producido por una izquierda pos Guerra Fría (las campañas socialistas de Bernie Sanders habrían chocado directamente contra un Muro de Berlín en esa era) y una necesidad de justificar ideológicamente la falta de compromiso personal de Trump con la democracia. La alineación abierta de Trump con Rusia, llamando *dictador* a Zelenskyy, de Ucrania, mientras se niega a hacer lo mismo con Vladimir Putin, son todas impensables fuera del contexto pos Guerra Fría.

Por último, está la cuestión del neoliberalismo. Este es un tema de profundidad potencialmente infinita, pero permítanme sugerir algunas formas en que fue significativo para el resultado. El historiador Gary Gerstle ha sugerido que el gobierno de EE. UU. pasa por una serie de «órdenes», configuraciones estables entre fuerzas políticas y sociales. Franklin Roosevelt estableció el orden del *New Deal* —un pacto entre el estado, los sindicatos y las empresas que surgió de la respuesta a la Gran Depresión—. La clave de un orden es que es ratificado incluso cuando un político de la oposición gana: Dwight Eisenhower no busca revertir de modo dramático el orden del *New Deal* en la década del cincuenta, sino que lo acepta (Fraser y Gerstle, 1989).

Gerstle argumenta que nos movemos hacia un orden «neoliberal» comenzaron con el demócrata Jimmy Carter, se consolidaron bajo el republicano Ronald Reagan en la década del ochenta y fueron ratificados por el demócrata Bill Clinton en la década del noventa (Gerstle, 2022). El Partido

5 Un ensayo muy perspicaz sobre este tema es el de Aziz Rana (2018).

Demócrata, en particular, aceptó el libre comercio y vinculó su fortuna al sector tecnológico emergente, que le dio una fuente de apoyo empresarial en la socialmente liberal California para rivalizar con las industrias más antiguas (O'Mara, 2019). A medida que los sindicatos se debilitaban y la manufactura se alejaba de Estados Unidos, se producían bienes más baratos y se concentraba la oportunidad económica en las ciudades, entre los educados, y se reemplazaban los trabajos de manufactura con trabajos en el sector de servicios. Ninguna de estas generalizaciones es universalmente válida, pero también apuntan a fenómenos reales. Las grandes fortalezas de Trump (estadísticamente, pero no universalmente) son: entre hombres más que mujeres, en áreas rurales más que urbanas, y entre personas con menos educación. Él es capaz de afirmar su estatus y decirles que no son responsables de sus luchas, formando un vínculo emocional profundo. Trump ha hecho mucho más para clasificar a los partidos estadounidenses en grupos que derivaron beneficios relativos de la era neoliberal y aquellos que no lo han hecho.

Estas categorías se superponen con otras: la América rural es desproporcionadamente blanca y evangélica, mientras que los motores económicos urbanos y las universidades son espacios mucho más diversos racialmente y seculares. Quizás en consecuencia, hemos visto un resurgimiento del pensamiento explícitamente racista, nacionalista blanco acompañando el ascenso de Trump, incluida la política «natalista». Es notable que los ciudadanos más educados y urbanos que se sienten decepcionados por el resultado de la reestructuración económica neoliberal (como las personas con títulos de posgrado en movilidad descendente en un momento de disminución de la inversión estatal en educación superior) han sido la columna vertebral de una política socialista resurgente, que hace una crítica diferente de las instituciones existentes, caracterizadas por ambos como «institucionalismo liberal».

Hay señales mixtas sobre si hemos llegado al final del orden neoliberal. Por un lado, la agenda de Trump (respaldada por Elon Musk) es ferozmente desreguladora: dismantlar el gobierno se está llevando a cabo por la misma lógica neoliberal de que los mercados privados deberían organizar la vida social y el poder social. Pero, por otro lado, Trump está lejos de ser neoliberal en sus intentos de usar guerras comerciales para revivir la manufactura estadounidense y expulsar a los inmigrantes. Reconoce que esto puede llevar a precios más altos e incluso puede causar una recesión, pero piensa que puede ser mejor para las comunidades que han perdido empleos manufactureros debido a la automatización y la competencia en el extranjero. Queda por ver si estas políticas pueden tener éxito.

Para terminar, he situado los resultados de las elecciones de 2024 en varios contextos: poscovid, pos medios de consenso, pos guerra contra el terrorismo, pos Guerra Fría y posneoliberalismo. La proliferación de *pos* me sugiere que realmente estamos en un momento de inflexión histórica. Pero ofreciendo contextos estructurales para explicar lo que ha sucedido, también es importante recordar la realidad de la contingencia histórica. La elección de Trump fue muy estrecha: ganó por menos de dos puntos porcentuales. Escapó de la muerte por asesinato por menos de cinco centímetros. Muchos otros resultados podrían haber ocurrido. Así que no debemos cometer el error de buscar explicaciones estructurales para el presente e insistir en que las cosas debían haber resultado de esta manera. Sin embargo, creo que estas son las condiciones de fondo que hicieron posible el regreso de Trump. No pueden deshacerse; deben ser abordadas.

Referencias

- ACKERMAN, S. (2021). *Reign of Terror: How the 9/11 Era Destabilized America and Produced Trump*. Viking.
- ANDERSON, Z. (2024, 20 de marzo). Trump saluted the J6 Prison Choir. How he is trying to rewrite history of deadly Capitol riot. *Usa Today*. <https://www.usatoday.com/story/news/politics/elections/2024/03/20/donald-trump-jan-6-hostages-campaign/7302337007/>

- BARTLAM, T., KETCHUM, J. y SHAPIRO, A. (2025, 23 de enero). Why a Jan. 6 defendant rejected Trump's pardon. *NPR*. <https://www.npr.org/2025/01/23/nx-si-5272654/why-a-convicted-jan-6-rioter-doesnt-want-president-trumps-pardon>
- BUCKLEY, W. F. (1951). *God and Man at Yale; the Superstitions of Academic Freedom*. Regnery.
- ELLIOT MORRIS, G. (2025, 6 de mayo). What do disengaged voters think about Trump now? *Strength In Numbers*. <https://www.gelliottmorris.com/p/what-do-disengaged-voters-think-about>
- FRASER, S. y GERSTLE, G. (Eds.). (1989). *The Rise and Fall of the New Deal Order, 1930-1980*. Princeton University Press.
- FUKUYAMA, F. (1989). The End of History? *The National Interest*, (16), 18.
- GANZ, J. (2024). *When the Clock Broke: Con Men, Conspiracists, and How America Cracked up in the Early 1990s*. Farrar, Straus and Giroux.
- GERSTLE, G. (2022). *The Rise and Fall of the Neoliberal Order: America and the World in the Free Market Era*. Oxford University Press.
- HEMMER, N. (2016). *Messengers of the Right: Conservative Media and the Transformation of American Politics*. University of Pennsylvania Press.
- HEMMER, N. (2022). *Partisans: The Conservative Revolutionaries Who Remade American Politics in the 1990s*. Basic Books.
- HONL-STUENKEL, L. (2025, 4 de junio). At least 10 pardoned insurrectionists face other criminal charges. *Crew*. <https://www.citizensforethics.org/reports-investigations/crew-investigations/at-least-10-pardoned-insurrectionists-face-other-criminal-charges/>
- IBER, P. (2018, noviembre). El populismo de minorías de Donald Trump. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/el-populismo-de-minorias-de-donald-trump/>
- MILNE, D. (2015). *Worldmaking: The Art and Science of American Diplomacy*. Farrar, Straus and Giroux.
- O'MARA, M. (2019). *The Code: Silicon Valley and the Remaking of America*. Penguin.
- RANA, A. (2018). Goodbye, Cold War. *n+1*, (30). <https://www.nplusonemag.com/issue-30/politics/goodbye-cold-war/>
- ROTHBARD, M. (1992). Right-Wing Populism: A Strategy for the Paleo Movement. *Rockwell-Rothbard Report*. <https://www.rothbard.it/articles/right-wing-populism.pdf>
- VAÏSSE, J. (2010). *Neoconservatism: The Biography of a Movement* (Arthur Goldhammer, Trad.). Belknap Press of Harvard University Press.
- VENTURA, J. (2024, 11 de agosto). «Pod Save America»: Biden's internal polling showed Trump winning 400 electoral votes. *The Hill*. <https://thehill.com/homenews/campaign/4981792-pod-save-america-bidens-internal-polling-showed-trump-winning-400-electoral-votes/>